

RESEÑA DE LIBRO / BOOK REVIEW

Millet, Ann (2020). *Cissexismo y salud. Algunas ideas desde otro lado.* Puntos suspensivos Ediciones, colección Justicia Epistémica.

ISBN: 978-98-784-2809-3 / 105 págs.

Por Gabriela Pombo¹

TRABAJO SOCIAL GLOBAL- GLOBAL SOCIAL WORK, Vol. 11 (2021)

¹ Universidad de Buenos Aires (Argentina)

Contacto: gabrielapombo2@gmail.com

El libro de Ann Millet es, ante todo, una invitación a conmover nuestra vida cotidiana y sucumbir nuestras prácticas profesionales. Un convite a advertir los daños que (nos) podemos causar cuando reproducimos el cisexismo y adoptamos comportamientos transexcluyentes. Se presenta por ello como un libro-alerta, que procura visibilizar los efectos productivos que tienen prácticas cisexistas y las modalidades en que quiebran el compromiso ético y político que supone establecer vínculos interpersonales empáticos y respetuosos. Al alertarnos sobre ello, este libro se convierte en una apuesta a mejorar los lazos y construir justicia.

Un primer acierto del texto es su estilo narrativo, lúcido y provocador. Recrea la lógica del diálogo y conserva la coloquialidad propia de una conversación informal, sin por ello perder agudeza y profundidad. Recrea el diálogo no sólo porque invita explícitamente al intercambio con lectores y lectoras (“vengan de a todxs”, dice), sino también porque entrama una serie de planteos e interrogantes que provocan interfaces entre la lectura y la detención para la reflexión. Son tramos que convocan a pensar(se), descolocarse y armar preguntas propias. Para volver al texto y encontrar allí algo del orden de la respuesta a esas preguntas o del llamado a su reformulación. Tramos que nos arrojan al plano de la absurdidad de nuestro cisexismo; porque cuando miramos escenas donde lo *trans* se ubica en el lugar de lo *cis* (recurso al que eficazmente recurre el autor), evidenciamos lo grotesco y lo trágico de su proceder.

Millet logra desarmar minuciosamente escenas de la vida cotidiana gracias a un trabajo previo, casi etnográfico, de observación atenta y escucha receptiva de interacciones cotidianas, muchas de ellas ocurridas en su trabajo en un hospital público en la Ciudad de Buenos Aires. En el marco de ese trabajo hizo una investigación que dialoga con este texto y nutre sus argumentaciones. Quiero hacer aquí una deriva para resaltar esa posibilidad de producir conocimientos legítimos y valiosos en el marco de procesos de trabajo asistencial. Lo resalto para situar la tensión disciplinar asistencia-investigación y dislocar cierta pretensión de deslegitimar esa posibilidad, reduciendo los aportes de quienes construyen conocimientos en contextos de asistencia al mero lugar de insumo para retroalimentar las propias prácticas profesionales o para optimizar la calidad de atención de la institución en la que se desempeñan. Porque de este modo se desjerarquizan esos conocimientos y se los sustrae de un estatuto científico académico. Y en el mismo movimiento, se priva a quienes los producen de la posibilidad de colocar esos aportes en el campo de las ciencias sociales, que es donde el Trabajo Social quiere establecer interlocuciones como disciplina. Este libro y el estudio que lo precede son, entonces, evidencia de la posibilidad de conciliar asistencia e investigación.

Porque sus hallazgos cualifican para emplazar en el campo los estudios *trans*, con aportes ciertamente novedosos.

Una novedad a resaltar es el punto de vista desde el que el autor mira lo *trans* en el campo de la salud, donde los estudios mayormente enfocan en la accesibilidad y los itinerarios que recorre la población *trans* en sus procesos de salud-enfermedad-atención/cuidado y generalmente son producidos por personas *cis*. Ese Otro lado de este libro, otro lado *trans* (tan solo uno de los posibles, como repara el autor) implica un punto de vista otro. Entraña, como expone Fernández Romero en el prólogo, dar vuelta a la lupa y escudriñar al propio sistema de salud usando al cisexismo como lente. Y Millet mira desde su otro lado, desde una posición epistemológica cercana a las teorías del punto de vista feministas, que plantean la producción de conocimientos situada y surgida desde las experiencias de las personas subalternizadas. Esto nos arrima a un tema de debate respecto a los sujetos legitimados para producir conocimientos sobre lo *trans* y sobre la población *trans* y no binaria. Algunas aristas de ese debate, en las que el libro no profundiza pero sus lectores difícilmente puedan evadir: ¿Sólo esta población puede producir saberes legítimos sobre sí misma? ¿Basta con ser *trans*? ¿Ser *cis* es suficiente para ser excluido/a de esa legitimidad? Y en todo caso, el interrogante que estimo más sustantivo: ¿con qué criterios teóricos y políticos construimos esa legitimidad? Un debate que desliza a la espinosa cuestión de la representación y a la pregunta por quién puede representar a quién. Y a la pregunta que avizoro más prometedora, que pone en cuestión a la representación misma, para interpelarla como promesa fallida o como proyecto teórico-político tendente a fracasar.

Sólo quiero referir la insustituibilidad de los saberes que se aportan desde la propia experiencia, más allá de que se considere que son los únicos válidos o no. Ese punto de vista es irrecuperable por parte de quienes no vivimos la experiencia *trans* y en ese sentido es irremplazable. A pesar de ello, los saberes de las personas *trans* han sido sometidos a situaciones que en el libro se caracterizan como expresiones de violencia epistémica. Esto es, la negación de la agencia de las personas *trans* como sujetos de conocimiento, y el desconocimiento y extractivismo de sus recursos y saberes. En esa línea, este libro es un gesto reparatorio, de justicia epistémica, tal como se denomina la colección que integra, porque fue escrito desde ese lado otro, que en el campo científico y en el campo de la salud suele estar relegado al lado del objeto y la cosificación.

El libro coloca una propuesta: la descisexualización, que consiste en desaprender y desnaturalizar el cisexismo a partir de tres estrategias. La primera, abandonar el paradigma de la asunción del género ajeno, proceso cuya naturalización desentraña describiendo la

operatoria de los sentidos de la vista, el oído y el olfato en la determinación del género ajeno. La segunda, equiparar el uso de las marcas *cis* y *trans*. Esto supone tanto dejar de exotizar lo *trans*, lo *trava*, lo no binario, como dejar de usarlo como única marca descriptiva de una persona, porque hacerlo reedita la naturalización de lo *cis* y sostiene su privilegio. Tercera estrategia, problematizar la idea de la falta de formación específica sobre la población *trans* en los profesionales de la salud. Para Millet el problema no es lo que falta sino lo que sobra: el cisexismo incorporado a lo largo de nuestras trayectorias educativas, que urge desaprender.

Por último, resalto el uso de categorías de las ciencias sociales y la disciplina que tienen pregnancia en el campo de la salud -que ya circulan en los equipos- para complejizarlas, hacer virajes, y amplificar sus alcances. Ejercicio acertado, en tanto esa recolocación de conceptos previamente conocidos, tiene potencial político para instalar asuntos novedosos que a la vez resultan incómodos. Esto es, temas ríspidos a la racionalidad biomédica dominante, cuyas posibilidades de rechazo y refracción son altas y pueden atenuarse cuando se los introduce desde conceptos aceptados (aunque su aceptación inicial no haya estado exenta de los cuestionamientos y desconfianzas que las ciencias sociales padecen en el campo). Un ejemplo de esta recolocación conceptual es el uso de la noción de “sujeto inesperado” de Alfredo Carballeda (2017), para pensar no ya a las personas usuarias de las instituciones de salud, sino a las personas *trans* que son trabajadoras de la salud: “trabajadorxs inesperadxs”; que padecen las consecuencias de esa inesperabilidad producida por el cisexismo. Me inquieta esa práctica instalada en el campo de la salud tendiente a ubicar rápidamente a lo socialmente subalterno en el lugar de “los pacientes”: las mujeres, las personas migrantes, las personas precarizadas, la población *trans*. Cuesta alojarlas del lado y como parte de los equipos, porque reconocerlas implica desestabilizar posiciones de poder y tensionar privilegios. Hay, por ello, mucho por esperar de la irrupción de las personas trabajadoras *trans* en el campo, a cuya articulación Millet y su libro están sin dudas aportando.